



Año 1 — Número 8 — Tomo 1 — Setiembre, 1938

¿La Iglesia Católica es Fascista?

Táctica recentísima de Moscú es acusar a la Iglesia católica de *f a s c i s t a*. Pudiéramos comprobarlo — entre otros detalles — con numerosas caricaturas moscovitas, francesas y aún venezolanas.

La acusación ha logrado impresionar a grandes masas de trabajadores, monopolizadas por la prensa roja. Esta resonancia tiene para nosotros singulares notas de sintonía con la bogá que alcanzó en otros sectores la tacha de *s o c i a l i s t a*, aplicada a los apóstoles de la doctrina social católica.

Expusimos ya en el número de Julio la posición de la Iglesia frente al Socialismo. La doctrina social de la Iglesia Católica iguala y supera en muchos aspectos las reclamaciones socialistas en favor del proletariado; pero Catolicismo y Socialismo son insociables por intrínseca repugnancia de sus fundamentos filosóficos.

Fascismo es un término aún más vago y desorientador que Socialismo. La imprecisión del término explica el desconcierto de los juicios que diariamente se emiten sobre él.

Para muchos todo movimiento nacionalista — que por serlo ha de llevar necesariamente un sello de oposición al internacionalismo comunista — es *f a s c i s m o*. Así el movimiento irlandés, capitaneado por De Valera, había de llamarse fascista; cuando en realidad en la misma Irlanda y frente a De Valera existe una organización estrictamente fascista.

Para otros toda dictadura, todo poder absoluto sin responsabilidades ante una cámara, es *f a s c i s m o*. Así los sátrapas del Asia, los Sultanes de Constantinopla, Luis XIV y Catalina II fueron fascistas.

Para el vulgo, *f a s c i s m o* ha alcanzado una significación más vasta. Fas-

cista es sencillamente todo Gobernante — desde Presidente a Policía — que imponga el orden con firmeza.

Hay simplistas de tan desaprensiva tendencia sintética que traducen resueltamente fascismo, por orden; y comunismo, por anarquía. Para éstos todo hombre honrado, a foriori todo católico, debe ser fascista.

En este laberinto de acepciones se explica el confusionismo ejemplar que explotan el comunismo y sus múltiples e inconscientes aliados.

Partamos de una realidad evidente: el fascismo es un hecho, más que una doctrina. Pero según una ley que se cumple férreamente en la historia de los movimientos triunfantes, al hecho consumado suceden los filósofos que tratan de justificarlo y legalizarlo. En el fascismo se ha cumplido esta ley.

Existe sin duda una doctrina fascista, relativamente definida, que va vinculada al término y preside la política de Mussolini y en parte la de Hitler. Decimos: *r e l a t i v a m e n t e d e f i n i d a*; porque ni Mussolini ni Hitler han sido precisamente modelos de consecuencia y sí más bien de oportunismo. Lo difícil es señalar — sin provocar protestas — las principales características del fascismo. El P. Raymond Feely S. J. en un folleto titulado: *F a s c i s m - C o m u n i s m - T h e U. S. A.* - sintetiza así la doctrina fascista sobre la estructura del Estado.

Estructura política: Totalitarismo: Todos los derechos personales, políticos, religiosos, económicos... pueden crearse o modificarse o destruirse, según voluntad del Estado. Dictadura: Centralización de todo poder ejecutivo, legislativo y judicial en un solo hombre. La dictadura debe ser defendida por la propaganda, cuando sea posible; por la violencia, si es necesario. Una minoría gobierna a la nación. Se suprimen las llamadas conquistas democráticas: libertad de expresión, de prensa, de asociación, de opinión política. Se exalta en cambio la tradición nacional; y la guerra como medio para recuperar la preeminencia perdida. Se modifica radicalmente la estructura del Estado pero normalmente por medios pacíficos. Concepción mística del Estado.

Estructura económica. Conservación de la propiedad privada, salvo en los fundamentos de la utilidad pública. Las obligaciones sociales del capital se imponen por el Estado y se exigen rígidamente. Conservación de las clases económicas conservadoras. Supresión de la lucha de clases prohibiendo el Estado las huelgas y los lockouts. Dictadura económica. Economía planificada.

Estructura filosófica. Va expresada en parte en los párrafos precedentes. El fascismo exalta la religión, por motivos de conveniencia del Estado. Exalta asimismo la vida familiar por el mismo motivo.

Esta síntesis de la doctrina fascista puede ser discutida, y lo será sin duda, entre los numerosos lectores de SIC. La razón de las discusiones estribará siempre en el confusionismo ya descrito. Pero, si en alguna ocasión, en ésta podemos garantizar que el ilustre autor se fundaba, al redactarla, en las declaraciones más auténticas de los filósofos del fascismo.

Tal como viene descrito por el P. Feely el fascismo contiene varios aspectos aceptables por los católicos. Entre los que nos place señalar la imposición estatal de las reformas sociales, justamente reclamadas por las clases proletarias. Estamos plenamente persuadidos de que en nuestros días —dada la preponderancia monopolizadora y los intereses creados por el capitalismo imperante — la justicia social no podrá imponerse sin un apoyo decisivo del Estado: ejemplo clásico son los Estados Unidos.

En otros aspectos el fascismo ortodoxo, estudiado en toda su crudeza doctrinal, es absolutamente inaceptable para los católicos. Tales son: el principio de que el bien del Estado justifica todos los medios de lograrlo; la exaltación de la guerra; la defensa violenta de la dictadura cuando los medios de propaganda resultan ineficaces. El error fundamental del fascismo es la deificación del Estado, error heredado por

Mussolini de Hegel, a través del socialista Sorel, su verdadero maestro espiritual.

Otros aspectos ideológicos aún más avanzados, y a nuestro entender impropia- mente fascistas — como la adoración ingenua de una raza o una sangre — doblemen- te ridícula cuando germina en un pueblo como el prusiano o el italiano, mezclas evi- dentísimas de encontradas sangres — han merecido la expresa condenación pontificia, y no son discutibles para los católicos.

Pero aun ante el fascismo italiano más político y sinuoso, el anciano Pontífice se ha visto precisado a levantar la voz de alarma en repetidas ocasiones. Y tenemos de ello ejemplos recentísimos.

“El nacionalismo exagerado impide la salvación de las almas, alza barreras en- tre las naciones y es contrario a la ley de Dios, a nuestra fe. . . al mismo credo que se canta en todas las catedrales del mundo. Las primeras fórmulas de la enseñanza apostólica dicen: “Creo en la Iglesia Católica”. Iglesia Católica significa Iglesia Uni- versal” (15 de Julio).

“Es preciso decirlo, porque es cosa detestable este espíritu de separatismo, de nacionalismo exagerado, que, precisamente porque no es cristiano termina por no ser ni siquiera humano”. (21 de Julio).

Pocos días después, vindicando a la A. C. de los ataques que contra ella han di- rigido últimamente los propagandistas del racismo italiano, se expresaba con inusitada energía en la audiencia concedida a los alumnos del Colegio de Propaganda:

“Católico es sinónimo de universal, pero no es sinónimo de racismo, ni de nacio- nalismo. La A. C. debe inspirarse en este principio de universalidad, pues A. C. signi- fica “Vida Católica”. La vida católica significa actividad de caridad, de virtudes, de deberes, no actividad de racismo y de nacionalismo exagerado, que son como barre- ras levantadas entre hombre y hombre, entre pueblo y pueblo”....

“El género humano es único, universal, aunque no puede negarse que en esta uni- versalidad hay distintas razas; por qué por una desdichada imitación, Italia ha tenido necesidad de seguir el ejemplo de Alemania? Fijad bien vuestra atención, os recomien- do que no toquéis la A. C., os lo recomiendo, os lo pido por vuestro bien, porque quien toca a la A. C., toca al Papa, y quien toca al Papa muere. Es una verdad que la his- toria ha demostrado”.

El siete de setiembre —hace aun apenas unos días — formulaba así explícita- mente en su retiro de Castelgandolfo: “No queremos implantar el problema de racis- mo o no racismo. Recientemente se ha dicho que el Papa había hablado mucho del racismo, cuando al contrario no habló sino de un nacionalismo exagerado. . . El nacio- nalismo exagerado es una terrible maldición. . .” El Papa recalca así su intención de condenar algo más que el racismo alemán, y su desgraciada imitación racista italiana en sus famosas manifestaciones del 29 de julio.

En otro documento autorizadísimo del pasado Abril, la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades, presidida por el mismo Papa, cursó a todos los profes- ores católicos una lista de ocho proposiciones que debían refutar en sus cátedras. La última de ellas reza así: “Cada uno de los hombres no existe sino por el Estado y para el Estado; cualquier derecho que a los hombres pertenece únicamente se deriva de la concesión del Estado”. Esta proposición, expresión doctrinaria del totalismo estatal, es una de los primeros dogmas del fascismo ortodoxo.

La Iglesia católica no es fascista; no puede serlo, a no ser que el término se tome ingenuamente como expresión de un gobierno fuerte y enér- gico, que imponga el orden virilmente.

La Iglesia católica está tan lejos del fascismo estatal como del socialismo marxista o del liberalismo doctrinario.